

BALANCE Y PERSPECTIVAS

Si al inicio de los años noventa los trabajos sobre masculinidad en América Latina eran escasos y seguían las pautas de los trabajos realizados fundamentalmente en los países anglosajones, en esta nueva década la revisión bibliográfica efectuada muestra la creciente presencia de lo masculino en las investigaciones sociales, en los programas universitarios y en las iniciativas sociales, y una producción teórica incipiente, pero propia. Los trabajos producidos sobre el tema en América Latina disponen ya del material suficiente para contrarrestar las imágenes esencialistas que se han construido sobre una identidad masculina latinoamericana, como una identidad fija y sin conflictos. Aportan también nuevos elementos de comprensión de las relaciones de poder entre naciones y dentro de ellas con base en criterios de mayor o menor adecuación a la masculinidad hegemónica.

Los estudios de masculinidad que se están realizando actualmente no desconocen los aportes de los estudios feministas a la comprensión del género entendido como el discurso de la diferencia sexual¹. Esto no significa que la relación entre los estudios feministas y los estudios de masculinidad sea sencilla. Muchos de los temores expresados por las mujeres feministas tienen que ver con el hecho de que gran parte de la literatura de amplia difusión sobre el tema se ha orientado al estudio de los malestares y dolores masculinos generados por el cumplimiento de unos roles obsoletos o por la fragilización del poder del que disfrutaban antaño, sin cuestionar sus privilegios y su posición dominante en las relaciones de género. También se han planteado reticencias porque el tema de las masculinidades ha abierto el espacio para que algunos hombres intenten ejercer su dominio en un campo de estudios como el de género, cuyo origen está signado por las luchas feministas y el movimiento social de mujeres. Por esta razón, entre otras, es deseable que las mujeres sigamos interesándonos en el estudio de las masculinidades y sigamos participando en la construcción y fortalecimiento del subcampo de estudios de masculinidad.

1. Es importante tener en cuenta que este discurso no sólo alude a las ideas, sino también a las instituciones, las estructuras, las prácticas cotidianas y los rituales, es decir, a todo lo que constituye las relaciones sociales (Scott 1998: 15).

Como lo ilustra la revisión presentada, los estudios de masculinidad en América Latina adolecen de algunos de los problemas que han aquejado largo tiempo a los estudios de género, como por ejemplo la ausencia de reflexiones sobre la política y el poder, temáticas que siguen siendo percibidas como antitéticas al género, asociado fundamentalmente al ámbito de lo privado. Dentro de las ciencias sociales, las ciencias políticas siguen siendo uno de los bastiones de resistencia a la inclusión de la problemática de género, pese a que el poder político sigue estando principalmente en manos de los hombres y que esta simple constatación debería suscitar una reflexión desde un punto de vista de género. También se podría decir que han proliferado los estudios de caso, importantes para identificar las especificidades locales de las construcciones de la masculinidad, pero insuficientes desde una perspectiva sintética que pretenda explicar continuidades y discontinuidades y brindar criterios de comparación de casos disímiles entre sí.

En los distintos capítulos de este libro surgen las diferencias que las diversas historias y geografías locales imprimen a estas identidades masculinas, las diferencias que les aportan cada una de las etapas del ciclo vital y las distintas configuraciones biográficas. Aparecen también variados ejemplos que contrarían una representación cultural uniforme del hombre colombiano. Este trabajo intenta modificar esa imagen homogénea que se puede tener de la masculinidad en Colombia mostrando la existencia de formas de masculinidad hegemónicas y subordinadas con tensiones, alianzas y contradicciones entre ellas.

Las masculinidades no hacen referencia a tipos de carácter fijo, sino a configuraciones de prácticas de género surgidas en contextos socioeconómicos y culturales muy particulares. Aceptando el postulado de que “las distintas clases de diferencias existentes en la vida social humana —género, clase, raza, cultura, historia, etc.— siempre se construyen, se experimentan y se canalizan conjuntamente” (Moore: 227), en este trabajo no se analizan las identidades masculinas independientemente de las demás formas de diferencia social. Por el contrario, se ilustran las dinámicas entre masculinidades que generan las

interrelaciones del género con otras estructuras como la clase social y la “raza”. Los casos analizados muestran de qué manera las relaciones raciales sirven para establecer jerarquías entre varones y masculinidades en función de sus comportamientos en el ámbito familiar, sexual y parental. Así, los varones de la ciudad “blanco-mestiza” de Armenia, “proveedores responsables”, “padres presentes” y esposos aparentemente monógamos encarnarían los valores asociados a la masculinidad hegemónica en el contexto colombiano y servirían como modelo de masculinidad para los demás varones colombianos. Sus atributos constituirían el criterio con base en el cual se mide la masculinidad de los otros varones colombianos y al cual se les enseña a aspirar. Desde este punto de vista, los varones quibdoseños, tachados de “padres ausentes”, “maridos infieles” y “proveedores irresponsables” se convierten en ejemplos de las masculinidades “marginadas”, según los términos de Connell (1997).

Otro de los elementos que pone en evidencia esta dinámica de las relaciones entre masculinidades es el surgimiento de estereotipos racistas para descalificar las identidades masculinas subordinadas o marginadas. En esta perspectiva, las masculinidades “negras” desempeñan un rol simbólico muy importante en la definición de las masculinidades “blancas”. Uno de los estereotipos más fuertes en relación con los varones negros ha sido el de amantes poderosos y diestros bailarines. Para muchos de ellos, apropiarse de estas imágenes para afirmar una identidad viril superior a la de sus congéneres blanco-mestizos ha sido una forma de resistir a la dominación blanca y a sus modelos hegemónicos de masculinidad. Sin embargo, como muestro en el capítulo VI, esta apropiación de este estereotipo no implica una transgresión del orden de género sino su reafirmación, por sus implicaciones sexistas, imperceptibles para la gran mayoría de varones.

Pese a la existencia de múltiples masculinidades, este libro plantea también algunas similitudes entre ellas que tienen que ver con los retos comunes que enfrentan los hombres en relación con las normas sociales de masculinidad. Las definiciones sociales de un hombre de verdad presentan, como lo muestran estas investigaciones aspectos duales. En uno de los polos encontramos normas como la responsa-

bilidad y la actitud protectora y, en el otro, valores construidos con base en la búsqueda de diferenciación de la feminidad y la homosexualidad, percibidas como identidades inferiores.

Los distintos capítulos señalan que las definiciones de masculinidad se refuerzan en los diversos ámbitos donde transcurre la vida: la familia de origen, la escuela, el grupo de pares, el ámbito conyugal, el de la paternidad, etc. En la familia de origen, los varones interiorizan el imperativo de “ser hombres” y empiezan a llenarlo de sentido. Sus padres señalan las pautas que orientan su comportamiento como varones y sus madres se encargan de convertirlas en *habitus* sexuados mediante las interacciones repetidas de la vida cotidiana. Las comparaciones entre Quibdó y Armenia indican que las versiones de la figura paterna no tienen tanta relación con la presencia o ausencia real de los padres en la vida cotidiana familiar, sino con el lugar que cada cultura local le asigna a esta función. Desde este punto de vista la figura del padre es más relevante en Armenia que en Quibdó, pese a que en ambas localidades el padre es un referente identitario central, ya sea para emular o para contradecir. La figura paterna construida por los entrevistados de Armenia corresponde más que la de Quibdó a la imagen paradigmática del *cumplidor* como principal proveedor económico del hogar y compendio de las virtudes masculinas de la región. Por esta razón es una figura más idealizada que el padre de Quibdó, donde la función paterna puede ser asumida por otros personajes masculinos del entorno familiar. En cuanto a las figuras maternas, en ambas ciudades son descritas en términos afectivos y a partir de sus cualidades como líderes expresivos de los hogares. Una de las diferencias importantes entre unas y otras es la fuerte influencia que hasta hace pocos años ejerció la Iglesia católica como estructurante cultural de la familia en Armenia. En consonancia, la figura materna de Armenia corresponde más a la imagen mariana de la madre abnegada e incondicional con los hijos que puede ejercer cierto nivel de coacción afectiva en los hijos a nombre de dicha abnegación. En el caso de los varones quibdoseños, pese a la cercanía e intensidad afectiva de la relación que tienen con sus madres, éstas son descritas a menudo como mujeres fuertes e intransigentes en relación

con la diferenciación de los patrones de conducta desde un punto de vista de género.

Las diferencias generacionales en las representaciones de las figuras paternas y maternas son un elemento común en los entrevistados de las dos ciudades. Mientras los mayores son más indulgentes que los jóvenes en relación con rasgos como el autoritarismo y la intransigencia paternas, los jóvenes se muestran más críticos que los mayores con el incumplimiento de sus responsabilidades económicas y su ausencia en la vida cotidiana del hogar. Igual cosa sucede con las figuras maternas: los jóvenes son menos complacientes con el ejercicio de ciertas virtudes “negativas” por parte de sus madres, señalando un cambio en las representaciones de género que se puede asociar a los cambios socioeconómicos y culturales experimentados en ambas ciudades y a la democratización de las relaciones intrafamiliares.

Durante “los años de formación”, período en el cual los muchachos se separan de las formas de relación propias de la infancia e ingresan al mundo escolar, se aprenden, refuerzan, modifican o cuestionan las normas de género. El funcionamiento de las instituciones escolares, las relaciones entre maestros y alumnos, el sistema de clasificación y evaluación de las actividades y habilidades académicas, y la pedagogía de la competencia son aspectos que tienen claramente una dimensión de género. En la escuela, la figura del maestro desempeñó, fundamentalmente para los hombres mayores de 45 años, un papel importante como personaje que releva en gran parte a los padres en su papel socializador y como modelo en su desempeño como varones. Los varones no sólo buscaron imitar sus actitudes y comportamientos, sino que se los convirtieron en figuras de identificación.

El grupo de pares actúa como el catalizador principal de la masculinidad durante el período de “formación” de los varones: constituye su lazo social fundamental y socializante y cumple un papel crucial en la construcción de su identidad de género. En este trabajo se analizan los mecanismos utilizados por los varones para establecer jerarquías de la masculinidad, y para mantener, reforzar y reproducir la masculinidad hegemónica (que legitima, o se usa para legitimar la posición dominante de los hombres y la subordinación de las muje-

res). Uno de estos mecanismos es el recurso a la misoginia y la homofobia, presentes en muchas de las ironías, burlas y críticas que se hacen dentro de los grupos de pares. El manejo de los códigos del cortejo y las alusiones al desempeño heterosexual son también maneras de establecer jerarquías de masculinidad y acceder a ellas. Hacemos especial énfasis en las prácticas deportivas como entrenamientos que no sólo buscan el logro de ciertas características físicas, sino la incorporación de ciertos *habitus* viriles.

El momento en que los varones devienen padres constituye un hito muy importante en su vida como varones. Sanciona socialmente la adquisición del estatus adulto y brinda prueba pública de la virilidad, mostrando la capacidad masculina de engendrar hijos. Al mismo tiempo, la paternidad pone al descubierto una serie de carencias e inconformidades masculinas frente a los cambios en las relaciones de género. Actualmente asistimos al paso del ejercicio de una paternidad institucional a una paternidad fundada en la proximidad y disponibilidad hacia los hijos. Este cambio se produce en un contexto de fuertes transformaciones en el ámbito familiar y sin una redefinición clara de los roles sexuales dentro del hogar y de las relaciones intrafamiliares.

Los varones colombianos, sobre todo los más jóvenes, los de mayor nivel de escolaridad o los más conscientes de su papel como padres, independientemente de la edad, condición social, origen regional o nivel educativo, han empezado a participar más activamente en la crianza y educación de sus hijos, y a buscar una legitimación social para sus expresiones afectivas como padres. Aunque la heterogeneidad regional y cultural de país, expresada en diferencias con respecto a las estructuras de los hogares, las relaciones intrafamiliares y la importancia asignada a las redes familiares y sociales inciden en el ejercicio de la paternidad, los mayores cambios en esta práctica se dan a nivel generacional. Los padres más jóvenes manifiestan una relativa aceptación de perder parte de su antiguo poder a cambio de aminorar las tensiones ligadas al cumplimiento de sus responsabilidades económicas. Igualmente, expresan sus deseos de asumir en forma diferente la relación con el trabajo, la familia y la paternidad. Sin em-

bargo, es importante señalar que una de las dificultades mayores para los padres colombianos de hoy, por lo menos para quienes habitan las áreas urbanas del país, es la contradicción entre una valoración cada vez más generalizada de una paternidad cercana y participativa y las dificultades para ponerla en práctica, no sólo por los escollos materiales encontrados sino por los cuestionamientos identitarios que implica.

Para los varones, optar por utilizar un método anticonceptivo es también una manera de expresar sus percepciones sobre el significado y el ejercicio de la paternidad. Para algunos de ellos, escoger un método anticonceptivo es manifestar que la paternidad puede ser una opción y no un imperativo y que pueden existir otras maneras de afirmarse como varones a plenitud por fuera de la procreación. Desde fecha reciente, en numerosos eventos académicos se ha señalado la importancia de estudiar el papel de los varones en las decisiones de fecundidad de la pareja y en la selección de métodos anticonceptivos. La reflexión planteada en este libro sobre la elección de la esterilización masculina como método anticonceptivo responde a este tipo de preocupaciones. Uno de los aportes de esta reflexión es que aborda la esterilización masculina ya no desde un enfoque biomédico sino en una perspectiva socio-antropológica, como una decisión que se toma dentro de un contexto social que define y limita las opciones anticonceptivas de varones y mujeres, los modelos de masculinidad y feminidad, el significado de la paternidad y la maternidad, las relaciones con la sexualidad y el deseo, etc. Otro de los aportes es que da cuenta de la articulación de lo público y lo privado, mostrando las relaciones que existen entre las políticas demográficas y las decisiones reproductivas. El último capítulo del libro busca esclarecer el proceso por el cual los constreñimientos sociales que impone el “gobierno de los cuerpos” son vividos a nivel individual y subjetivo, pero también de qué manera los actores sociales interpretan, modifican y/o resisten a este orden corporal y de género.

Quisiera subrayar una de las características de este libro sobre masculinidades: el lugar otorgado a las mujeres. Desde el inicio he buscado señalar la pertinencia de un trabajo sobre los hombres y lo

masculino realizado por una mujer, lo cual, ya lo he dicho, no significa adoptar un punto de vista “femenino” sobre los hombres sino afirmar el lugar que han tenido las mujeres, como investigadoras, en la comprensión de las identidades de género y, como sujetos sociales, en la construcción de las identidades masculinas. En los capítulos sobre la socialización de género he considerado el papel que han desempeñado las madres en la incorporación de los *habitus* sexuados de los varones, y de forma menor, las maestras y las condiscípulas de los varones en el ámbito escolar. En el capítulo sobre paternidad hago referencia a la influencia que han tenido las modificaciones en las representaciones de la maternidad sobre el ejercicio de la paternidad actual. Igualmente, en el capítulo sobre los estereotipos racistas existentes sobre los varones negros incluyo el punto de vista de las mujeres negras sobre estos estereotipos. Finalmente, analizo el lugar que ocupan las mujeres como compañeras en la decisión de la esterilización masculina. El material biográfico a partir del cual construyo las reflexiones es el de la historia de las parejas como unidad de análisis, explicitando el papel que desempeñan las mujeres en la socialización de género que se realiza en el ámbito conyugal.

Por último, deseo indicar algunas perspectivas para que otras y otros investigadores continúen el camino emprendido, amplíen, afinen y confronten mis propias reflexiones.

Me parece importante analizar espacios de socialización de género tan importantes en la vida de los varones como el del ámbito laboral. En un artículo reciente sobre las identidades masculinas en Quibdó y Armenia (Viveros 2001), abordé el tema del trabajo, interesándome en algunos aspectos como el recuerdo de las primeras experiencias laborales de los entrevistados, el sentido que le asignan al trabajo y la experiencia del desempleo en relación con la identidad masculina. Creo que valdría la pena profundizar en estos mismos temas y explorar otros aspectos que han empezado a evocarse como se señaló en la revisión bibliográfica de los estudios latinoamericanos sobre masculinidad. Algunos de ellos, a título indicativo pueden ser: los tipos de trayectoria que siguen los varones a lo largo de su vida laboral; los efectos de las evoluciones del empleo (precarización, feminización de

ciertos sectores de actividad, terciarización del empleo fundamentalmente) y de las transformaciones del trabajo (por la informatización, por ejemplo) sobre las identidades masculinas. La persistencia de un buen número de “pobres absolutos” en Colombia plantea problemas para los varones como los que señala Robert Castel en su libro *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* cuando hace referencia a las características del individualismo negativo —pérdida de los nexos que generaba la inserción laboral, imposibilidad de construir un proyecto de vida—. Muchos varones colombianos empiezan a vivir unas condiciones materiales que amenazan sus identidades de género y sociales y las definen en torno a la carencia: falta de consideración, falta de seguridad, falta de bienes seguros y de vínculos estables.

Enumeraré una serie de temas que ameritarían mayores desarrollos. Si bien desde los años ochenta se efectúan trabajos investigativos sobre culturas, grupos o identidades juveniles en Colombia, poco se ha analizado todavía la forma en que las identidades masculinas (y femeninas) configuran las diversas formas de ser joven, la percepción que tienen de sí mismos y de sus pares, el tipo de consumos culturales que tienen y sus vinculaciones a agrupaciones salidas de la normatividad social o a organizaciones que ejercen violencia como la guerrilla y los paramilitares. Tampoco se ha trabajado el tema de las identidades masculinas en los grupos indígenas colombianos, a quienes se les ha abordado casi siempre en función de su identidad étnica y colectiva. Igualmente, poco se ha explorado en Colombia la organización social y cultural de la homosexualidad en relación con las identidades masculinas. Poco, también, se han explorado las representaciones de las masculinidades colombianas en la obra literaria de los principales escritores colombianos, en las telenovelas y programas televisivos de amplia difusión.

Otro de los temas que se imponen es el de los efectos de la coyuntura actual, en particular la intensificación del conflicto y la exacerbación de la guerra, sobre los procesos identitarios de los varones y sobre las relaciones de género y familiares. Algunos de los estudios sobre masculinidad enfatizan los cambios que éstos han experimen-

tado, otros muestran la persistencia de las inequidades de género en las interacciones cotidianas de hombres y mujeres. Ambas situaciones son reales. Por otra parte, como lo plantea Giddens (1992: 177), “existe una simetría entre la democratización de la vida personal y las posibilidades democráticas en el orden político global en el nivel más extenso”. Esto quiere decir que se puede esperar que el incremento de la autonomía en las relaciones de género y el cuestionamiento de la dominación masculina tengan efecto sobre la práctica democrática en la sociedad mayor. Sin embargo, es importante tener en cuenta también que esta democratización no tiende a consolidarse por sí sola y que las mediaciones entre la esfera íntima y la esfera pública no son automáticas. Tanto en la vida personal como en el ámbito público coexisten otras tendencias menos democráticas. Al respecto, vale la pena interrogarse si la coyuntura actual de país va a reforzar las inequidades de género, fortaleciendo un imaginario sobre lo masculino centrado en actitudes y comportamientos guerreros, o si los cambios de las representaciones y los discursos sobre la masculinidad pueden desempeñar un papel para contrarrestar estos imaginarios. Finalmente, en el ámbito familiar, ¿se va a acentuar el papel que cumple la familia como refugio y “oasis de paz”, como bastión de las ideologías familistas y como fuente de orden social y de género?, ¿los cambios que se han iniciado en las relaciones familiares y de género van a tener repercusiones en la democratización de la vida pública?